

*¿Hacia Dónde Vamos?*

## **El Poder se Resiste a Anunciar su Verdadero Plan**

- ★ Es Viable el Proyecto Neoliberal
- ★ Tiempo de Llamarlo por su Nombre
- ★ Una Transformación a Largo Plazo

LORENZO MEYER

Desde el principio aquellos que hoy controlan al gobierno y al Estado tenían muy claro su proyecto macropolítico —su gran propuesta para el futuro— pero se niegan a llamarlo por su nombre y, en cambio insisten en algo absurdo: que el esquema que siguen es el antiguo, el de la Revolución Mexicana. Esto nadie lo cree y seguimos metidos en un círculo vicioso: lo que se afirma que es ya no es, y lo que realmente es, se niega.

En el pasado mexicano lo que abundó fueron proyectos políticos, y sus proponentes casi nunca se sintieron cohibidos para exponerlos. Como bien lo ha señalado Luis González y González, al finalizar el siglo XVIII y principiar el XIX, el proyecto de los criollos independentistas era de un optimismo

nacionalista excedido. Don Miguel Hidalgo, por ejemplo, aseguró en Valladolid: "Realizada la Independencia se desterrará la pobreza, se embarazará la extracción de dinero, se fomentarán las artes y la industria. Haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestro país, y a vuelta de pocos años disfrutarán sus habitantes de todas las delicias de este vasto continente."

Al lograrse la independencia, y no obstante el terrible precio que la sociedad novohispana había pagado por el choque entre independentistas y realistas, el optimismo no decayó entre las clases dirigentes. Así, a Juan Manuel de la Barrera no le pareció imposible proponer como proyecto para la nación mexicana recién creada algo que no pecaba de modesto: llegar a ser, ni más ni menos, que la "Primera potencia del mundo por su extensión, fertilidad, clima y situación geográfica". El comercio libre, sin trabas, debería ser la palanca que llevara a México a convertirse en "La capital del mundo". Y el proyecto del señor De la Barrera no era entonces la excepción, sino la regla.

La dura realidad posterior, a 1821 apagó el optimismo de muchos. Y tras la explosión de localismos y la derrota a manos del ejército estadounidense, más de algún mexicano con conciencia nacional cayó en el pesimismo y la desesperación. Sin embargo, dos grupos siguieron empeñados en anunciar a voz en cuello sus proyectos para el futuro nacional, los liberales y los conservadores. El futuro imaginado por los liberales fue el más ambicioso. Proponía hacer surgir de las cenizas de los gremios y las comunidades indígenas una sociedad individualista, capitalista, y compuesta por ciudadanos productivos y patriotas. Del choque entre la imaginación liberal y la dureza de la realidad surgió la modernización dictatorial porfirista.

★

La Revolución Mexicana fue la revitalización de las ideas liberales —Madero es el mejor ejemplo de ello— pero con algo más. Fue, sobre todo, la búsqueda de una respuesta, a la vez realista y generosa, a los problemas centenarios de la desigualdad y la injusticia. La gran tarea era incorporar a las masas indígenas, campesinas y proletarias al

proyecto nacional teniendo como eje y motor de ese formidable esfuerzo de integración al Estado. El pago de la integración lo harían las clases que históricamente se habían beneficiado de la gran desigualdad social mexicana: los terratenientes y, en menor medida, los enclaves económicos extranjeros.

Como sucedió con los

grandes proyectos anteriores, el de la Revolución mexicana, al volverse concreto, dejó mucho que desear respecto de las ideas originales. Las energías sociales desatadas por el movimiento revolucionario que acabó con el porfiriato hicieron avanzar a México en su camino por transformarse en una nación verdadera, pero la energía y vitalidad de la "revolución institucionalizada" se agotó y en 1982 hizo crisis. De esa crisis ha surgido algo nuevo, distinto, pero ese "algo" (neoliberalismo a falta de mejor nombre) no ha querido decirnos públicamente cuál es exactamente el México que se propone construir, cómo lo va a construir y quiénes van a ser los ganadores y los perdedores.

Contar con un proyecto político global explícito, claro, no es garantía de éxito ni mucho menos. Pero, por otro lado, no es legítimo hacer entrar a México en la etapa final del siglo XX sin decirle a sus ciudadanos a donde se les intenta llevar. La democracia exige que las sociedades debatan libremente, a fondo las propuestas de los gobiernos —las propuestas reales— y las opciones, y entonces, y sólo entonces, decidir por elección el camino a seguir. Obviamente ese no ha sido el caso mexicano.

De acuerdo con su propio discurso, el proyecto encabezado por el Presidente Salinas es ni más ni menos que el de la Revolución mexicana, y así lo volvió a reafirmar el domingo pasado en la celebración del LXI aniversario del PRI. Sin embargo esa afirmación presidencial no es realmente aceptable pues sólo confunde y no aclara nada llamar el programa de la Revolución mexicana a políticas tan contradictorias entre sí como las seguidas en los sexenios de, por ejemplo, Cárdenas, Alemán, Echeverría, y ahora Carlos Salinas. Llamar de una misma manera a cosas y situaciones distintas, incluso opuestas es contrario a las reglas del recto razonar, de la verdad, y además es innecesario. El proyecto neoliberal delamadrista salinista tiene lógica interna, objetivos claros y ya ha

sido puesto en práctica en otros países; ya es hora de que sea presentado con nombre propio y como lo que realmente es: una alternativa interesante, viable, al proyecto de la Revolución mexicana.

★

Todos sabemos cuáles son algunas de las metas concretas de la tecnocracia salinista de corto y mediano plazo, y en poco se parece a aquello que por mucho tiempo se conoció como el programa de la Revolución mexicana. Entre los nuevos objetivos está abatir la inflación mediante la disminución del gasto público; desmontar, hasta donde sea prudente el aparato productivo y redistributivo del Estado por considerarlo ineficiente; dejar, hasta donde sea posible, la tarea de producción y distribución de bienes y servicios en las manos de la empresa privada, nacional y extranjera; destinar el grueso de los recursos públicos al pago de la deuda interna y externa; abrir la economía mexicana a la competencia internacional y a la inversión extranjera; hacer que el motor del crecimiento económico sean las exportaciones tanto de materias primas como de bienes manufacturados que emplean una mano de obra muy barata y poco calificada; explotar a fondo las ventajas económicas de la vecindad geográfica con Estados Unidos; etcétera.

Pese a que podemos señalar los rasgos centrales del proyecto neoliberal mexicano —que no son muy diferentes, en lo económico, a muchos otros en países periféricos—, es claro que el grupo tecnocrático en el poder no ha considerado, aún prudente presentar su proyecto macropolítico como uno diferente, y contrapuesto, a los del pasado. Lo extraño, de esta decisión es que ya ha tomado un grupo que se distingue por la enorme seguridad que muestra respecto a su capacidad personal, seguridad que llega a rayar en la arrogancia. Sin embargo, a la hora de hablar de proyectos globales muestra una enorme timidez que le impide llamar al pan pan y al vino vino.

Quizá la razón de la paradoja anterior sea doble. Por un lado, al proyecto económico del neoliberalismo mexicano le falta aún resolver el problema planteado en julio de 1988, es decir, el de la democracia.

En efecto, en el mundo actual no se puede reclamar legitimidad para un proyecto que busque desatar sobre la sociedad toda la feroz eficacia de las fuerzas del mercado si, por otro lado, se mantienen atadas las manos de los oponentes con las viejas y desprestigiadas cuerdas autoritarias.

La otra razón que explica la reticencia de la actual élite del poder a presentar abiertamente su verdadero modelo político, es precisamente la sospecha de que quizá una buena parte de los mexicanos aún no se desprenden de los valores políticos del pasado. Parte central del esquema de la verdadera Revolución mexicana era el nacionalismo. La Revolución nos insistió en el valor de buscar la máxima independencia posible —sobre todo frente a Estados Unidos— como base imprescindible de la autodeterminación y la soberanía. En el esquema neoliberal esa pretensión resulta absurda, pues impide maximizar las ventajas comparativas de la actual, lo indicado por el razonamiento neoliberal es buscar la integración en el largo plazo con Estados Unidos. El objetivo final de esa in-

tegración es el libre movimiento de mercancías, recursos (financieros o tecnológicos) y mano de obra. El que en esas circunstancias los factores económicos y políticos dominantes —los que darán forma al México del futuro— se encuentren fuera de nuestras fronteras, es un hecho irrellevante, pues a cambio de ello el nivel de vida general va a aumentar y de manera notable. En resumen, se trata de intercambiar una independencia relativa de dudoso valor por un bienestar concreto. Sin embargo, el peso que aún tiene el fracasado ideal del nacionalismo mexicano es mucho, de ahí que nuestros dirigentes estén dando todos los pasos que conducen a la integración de la economía mexicana con la de su poderoso vecino del norte pero negando el hecho tratando de acallar los crujidos del acoplamiento con los gritos de nacionalismo.

★

Una contradicción similar a la anterior se encuentra en el campo de la justicia social. En efecto, el proyecto neoliberal requiere —al menos en la etapa en que hoy se encuentra— sacrificar a una parte muy importante de la sociedad para intentar salvar a otra. Sin embargo, ¿cómo pre-

sentar una realidad tan cruda a aquellos que van a ser sacrificados? y sobre todo cuando hay una oposición de centro izquierda que busca engrosar sus filas con quienes apenas ayer eran los hijos predilectos del populismo y hoy son los inmodernizables, los prescindibles.

Para concluir. En los círculos del poder, a su nivel más alto, hay un proyecto de transformación de la sociedad mexicana a largo plazo, pero los convencidos de su bondad y responsables de ponerlo en práctica se resisten a presentarlo con claridad a las clases subordinadas. El resultado de este hecho es que el grueso de los mexicanos no sabe realmente a dónde les están llevando quienes hoy controlan el poder. Ya es hora de que el salinismo, si realmente tiene confianza en sí mismo y en su proyecto de largo plazo —y hay razones que permiten avalar esa confianza— lo presente como lo que realmente es: no como la continuidad de la Revolución mexicana sino como su alternativa.

Ocultar deliberadamente a los interesados los propósitos de largo plazo del poder, es en sí mismo un indicador dramático de lo lejos que aún estamos de la modernidad buscada, de lo distante que aún nos encontramos de la democracia pretendida. A estas alturas ya no hay justificación para ello. El salinismo debe darse su propia y justa identidad, y a partir de ésta luchar por conseguir la base social que le apoye ahora y, sobre todo, en el futuro.